

Escenario del pajarito

Yessenia Vásquez

“Me acuerdo cuando era niña, más niña que tú, tenía un sueño que me convertía en pajarito”. Mi abuela se daba una vuelta, como si la hubiera atrapado un remolino, levantaba las manos furiosamente, moviéndolas como las olas en el océano y hacía ruido como el viento tremendo del otoño. En mis ojos de niña fascinada, yo veía la transformación de mi abuela darse a cabo ante mí. “Estiré las alas y volé con los otros pajaritos. Pude volar a donde se me pegaran las retéjala-ganas”.

Me veía con una sonrisa feliz desde su puesto frente al fregadero, mientras yo comía, como siempre, papas con chorizo, huevos estrellados con salsa, dos tortillas de maíz y un vaso de leche. ¡Cómo me encantaba ese escenario que construimos mi abuela y yo por quince años! Siempre me cocinaba un almuerzo delicioso, y yo acomodaba la mesa. Mientras yo comía, ella se situaba para lavar los trastes y mirar para su jardín por la ventana frente al fregadero. Y de ahí me contaba sus historias de cuando era niña y de sus sueños.

Mi abuela es una señora fuerte, con principios firmes, testaruda, disciplinada, que vive como si cada día fuera un milagro; no se desasosiega por lo que otros digan de ella y tiene unos sueños que extralimitaron mi propia imaginación. Usaba la escenografía que creábamos en la cocina para enseñarme una lección cada vez que entraba. Recuerdo muy bien la historia de los dos arbolitos. Para contarme esta historia, dejó su puesto y se acercó a mí. Supe en ese instante que iba a ser una historia impactante.

“Había dos arbolitos que crecían en una montaña, en lados opuestos, de dos rancheros. Los dos arbolitos recibían su solecito y su agüita que les daban los rancheros”. Se agachaba para demostrarme chistosamente como les daban agua los rancheros a su arbolito. Dramáticamente decía, “pero un día los dos arbolitos amanecieron un poco enroscados. El primer ranchero vio a su árbol sin importancia que estuviera chueco, y dijo, “Hay que dejar que los árboles se desarrollen a su manera”. El otro ranchero, atemorizado por la vista de su árbol, corrió a mil por hora a su casita, agarró dos palos y una sogá para ponérselo a su arbolito”. Mi abuela movía las manos y los pies ligeramente, demostrando la rapidez del ranchero y enrollaba sus manos para asegurar el árbol. “Con el paso de los años, el ranchero le ajustaba la sogá a su arbolito para verlo crecer fuerte y derecho, hasta el día que produjo un árbol majestuoso que se veía desde Greeley y le pudo quitar la sogá y palos. Mientras que el otro ranchero vio a su arbolito crecer doblado y frágil”. Su postura se me parecía como Wonder Woman cuando demostraba la manifestación del árbol fuerte. Pude ver en sus ojos que me quería decir que el arbolito que creció fuerte iba a ser yo, y si algún día me doblaba, ella estaría ahí para enderezarme con lo que pudiera.

Mi abuela, María Luisa Rodríguez Valenzuela, es una de las mujeres en mi familia con la que me identifico más. He encontrado en ella consuelo e inspiración con sus cuentos y sueños. Y siempre se tomó el tiempo para terminar de contar, hasta el último cuento. “Y le contaba a mi mamá que un día iba a estar en las nubes con los pajaritos. ¿Y sabes qué, Yessenia? ¡Ahora lo estoy viviendo!” Miraba las nubes por su ventana frente al fregadero, con una mirada de satisfacción, porque su sueño se iba a hacer realidad al montar el avión para Las Vegas, Nevada, en junio del 2011.